

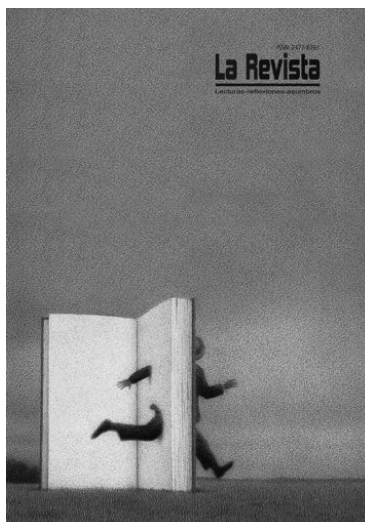
Presentación de La revista, edición No. 11

Buenas noches con todos. Un saludo a las autoridades de mi querida Facultad de Comunicación Social, por cuyas aulas transité, tanto como estudiante como docente, por cerca de cuatro décadas. Saludos al decano Dimitri Madrid, al profesor Fernando López Milán y a todos los internautas quienes nos acompañan esta noche vía virtual. Un saludo muy especial al compañero, colega y amigo Fabián Guerrero Obando, hacedor de estos encuentros, autor material e intelectual de este vital medio de comunicación denominado La Revista, educador de juventudes, como tantos otros maestros universitarios, solo que él con una particularidad que le hace distinto: su nunca suficiente obsesivo énfasis en el buen uso de la palabra, en la vitalidad de un texto bien trabajado, que le permita al futuro comunicador social cumplir con su objetivo de llegar con eficacia al otro. Un otro que, en el periodismo, es efímero, in-

commensurable, que un día está y otro no, que se acerca al texto por razones prácticas y urgencias comunicativas.

Cuando Fabián me invitó a participar en este número 11 de La Revista, con un texto sobre La entrevista literaria, como parte de un compendio de entrevistas realizadas a poetas, novelistas, cuentistas, me permití quedarme pensando unos segundos. ¿Una revista con entrevistas a literatos, en una Facultad de Comunicación? ¿Acaso no hay una pléyade de periodistas a quienes se puede hacer justicia reproduciendo entrevistas realizadas a ellos? ¿Es decir, una suerte de compilación de entrevistadores entrevistados?

Pero fueron solo unos cuantos segundos el tiempo en que esos pensamientos discurrieron por mi cabeza, pues la propuesta se defiende sí sola, por lo que, sin dilaciones, le dije a Fabián que



sí, y que le agradecía por esta deferencia.

Que la propuesta se defiende por sí sola, lo vamos a descubrir a lo largo de esta intervención.

Hoy no voy a hablar sobre la entrevista periodística y la entrevista literaria, sobre sus oposiciones y sus convergencias, sobre sus vericuetos y sus laberintos. Estas disquisiciones constan en el artículo escrito para esta publicación.

Tampoco voy a hacer una exposición académica, ni mucho menos, sobre este tema tan sutil y signifi-

cativo, pues para ello está la sabiduría de los entrevistados.

Mi presencia aquí no tiene ni pretensiones ni vuelos literarios o académicos. Solo la auto exigencia de tratar de llegar a los estudiantes de la Facultad, ávidos lectores muchos de ellos, y los más, necesitados de orientaciones sobre el manejo de la palabra.

Parto solo de dos premisas. La primera, que a los comunicadores sociales en general, y a los periodistas en particular, se les exige, más que a ningún otro profesional, una cultura superior a la cultura media. Y aquí encontrarán a raudales, desde información general relacionada con el ámbito del arte y la literatura, hasta verdaderos tratados sobre esos temas que han hallado aquí el espacio ideal para hacer un sobrevuelo por las mentes de lectores ansiosos por ser parte de esa aventura con la palabra, salida de mentes lúcidas y espíritus predestinados a la erudición. Verdaderas piezas poéticas y literarias de una sutileza y profundidad únicas. Léanlo y verán que no estoy exagerando un ápice.

La segunda premisa de mi intervención parte de aquella máxima que, cuando estuve en las aulas universitarias, la convertí en mi caballo de batalla. A mis alumnos les decía: si no hacen de la lectura una devoción, se equivocaron de profesión. Aquí, en este número de La Revista (al igual que en las ediciones anteriores, obviamente), hay mucho material para la buena lectura, para devorar literalmente su contenido. Como lo dije antes, hay para todos los gustos, desde información tratada de manera entretenida, dirigida a un lector medio, hasta amplios pasajes filosófico-poéticos de muy alto calado, como para responder a los espíritus más exigentes. Recordemos que este es un compendio de entrevistas difundidas tanto en publicaciones especializadas como en medios de difusión masiva, donde las exigencias son distintas.

Quince cuentistas, narradores, poetas, ensayistas, pero también libreros y bibliófagos transitan con voz propia en este compendio. Son voces que abarcan más de medio siglo, que permiten acercarse al Ecuador literario desde los años 60 del siglo pasado, hasta el

año anterior, el de la pandemia. Ahí pululan voces conocidas, reconocidas, por conocer, con edades que van desde los veinte y pico de años hasta pasados los ochenta. Coincidentes, reincidentes, opuestas, contrapuestas. Por eso mismo, necesarias en su complementariedad y en su oposición. Voces muy frescas como la de Andrea Rojas Vásquez, una “niña que juega con las palabras y construye poesía”, como se dice en su entrevista, o como las de Marco Antonio Rodríguez, un escritor hecho y derecho, para poner los dos extremos.

La publicación empieza con la entrevista a Susana Cordero, reconocida ensayista y catedrática universitaria, articulista, además, la primera mujer al frente de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

En su criterio, dos son los problemas más graves de nuestra expresión: la pobreza léxica y el desconocimiento de la ortografía; las dos derivan de una causa trágica, dice: el empobrecimiento de la enseñanza del idioma y su funesta consecuencia: el desinterés por la buena y bella lectura y

escritura. Una realidad de la cual no ha estado exenta la Facultad, cuya superación se ha convertido en una permanente demanda, no solo de los colegas docentes, sino de un importante sector estudiantil.

Quien la haya seguido a Susana Cordero en sus artículos periodísticos, reconocerá de inmediato en ella a una defensora a ultranza del buen decir y el buen escribir. A quien se ha mostrado contraria a cierta moda de un lenguaje que aparentemente defiende la equidad de género, pero que para ella son solo aberraciones.

En este ámbito, en la otra orilla está la cuencana Raquel Rodas, militante feminista, quien, en su coloquio, propone la desobediencia lingüística como uno de los caminos para luchar contra el sexismo de la lengua. Esta desobediencia la entiende como el desacato a lo dispuesto por la Real Academia Española respecto de los géneros.

¿La razón?: El sexismo lingüístico, dice, eclipsa totalmente la presencia de las mujeres en la vida so-

cial. Es una forma muy clara de violencia simbólica, sostiene.

Entre las entrevistadas de viejo cuño consta también Alicia Yáñez Cossío, Miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua y Premio Eugenio Espejo 2008, en la categoría Literatura. ¿Cómo comenzó a dar los primeros pasos en las letras? Al no haber podido conocer a sus abuelos ni paternos ni maternos, y como la presencia de ellos le hacía falta, pues se inventó un abuelo que vivía en África. A él le escribía cartas, “cartas bobas”, dice, pero que le abrieron las puertas al mundo de la narración literaria.

Para los que añoran los años 60, está la entrevista que el lúcido crítico y ensayista Alejandro Moreano le hace a Francisco Proaño Arandi, premio latinoamericano José María Arguedas. Este, más que un diálogo, es un encuentro de dos grandes escritores de una misma generación, que le lleva a Proaño a hurgar en la memoria de los hechos más cruciales de mediados del siglo pasado. Y de la mano de Vladimiro Rivas, Bruno Sáenz, Hernán Rodríguez Castelo, pasa revista a la Revolución Cubana, al

compromiso filosófico de Jean-Paul Sartre, a las luchas anticoloniales en África, a la revuelta estudiantil de Mayo del 68, al grupo de los tzántzicos, a los escritores del boom latinoamericano.

De esa misma época es el escritor Marco Antonio Rodríguez, novelista, cuentista, ensayista, ex presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. La entrevista realizada a él fue a propósito de los 15 años de la primera edición de *Jaula*, su libro preferido, donde intenta rastrear lo que él considera son los confines de la humanidad: la libertad, la muerte, la justicia, la paz, el olvido.

Hay estrellas de la televisión que hacen de la entrevista periodística un escenario para su lucimiento personal. Su ego así lo exige. Y se creen buenos entrevistadores. Para Carlos Vásconez, una de las mentes diáfanas de fines del siglo pasado, las peores entrevistas literarias se producen cuando uno de los dos personajes implicados en el gesto de preguntar y responder no adquiere vuelo literario.

Un necesario vuelo literario que también deben tener las narracio-

nes periodísticas, llámense crónicas, reportajes, que deben ir en busca del regusto y la belleza de la palabra. “Porque la belleza — dice Vásconez— es muy rencorosa si no se le dice bien las cosas. Por eso los escritores callamos, hasta dar con el término adecuado... La belleza nos puede aplastar si no la enfrentamos con el verbo adecuado”, dice este bibliófago, narrador, novelista, cuentista, hedonista y ludópata cuencano.

Esta es, definitivamente, una entrevista de obligada lectura. En ella, Vásconez, en muy poco espacio — he ahí su genialidad—, habla de la palabra, de la belleza, de la luz, de las descripciones, de los diálogos, de Dios, de la oscuridad, de la poesía, de la mentira como gesto poético, de la ficción, de la autoficción más parecida a la autoayuda y muy cercana a la vanidad.

Y si de referentes hablamos, ahí también está Carlos Carrión, con reconocimiento no solo a nivel nacional sino también latinoamericano. Este escritor lojano, tiene a su haber más de 40 libros, la mitad de ellos publicados.

En su criterio, “el mejor lector tal vez no exista. O acaso sea la suma de todos los lectores”. Y sobre el estilo, una preocupación de los verdaderos periodistas escritores, sostiene que “es más bien una inexperiencia interminable”. “Se debe aprender cada vez —dice—, en cada historia o párrafo que se escribe, como se aprende el amor que no se aprende nunca”.

A sus primeras obras escritas las considera “una pequeña vergüenza literaria; no por los temas ni cosa parecida, sino por lo mal escrito que están. Si Hemingway, hablando de los suyos, decía que cada libro escrito era un león muerto, lo más que yo podría decir de los míos sería que son un perro muerto”.

Juan Pablo Castro, escritor cuencano y muy cercano a nosotros por ejercer la docencia en nuestra facultad, (disculpen eso de nuestra pues la siento mía) contrariamente a Carrión, él no se avergüenza de sus libros anteriores, pues le han permitido “evaluar desde la mirada de los otros la transformación de una obra”.

De hecho, en su libro *La curiosa muerte de María del Río*, ganadora del Premio de Novela Corta Miguel Donoso Pareja, siente que su escritura ha dado ese salto cualitativo que le ha permitido encontrar esa casi inasible voz personal.

En la entrevista publicada en un medio nacional, dice que esta novela también está trabajada en código de máscara: lo que está y lo que se oculta. Otra versión de la teoría del Iceberg de Hemingway, para quien, en un texto, lo importante es lo que se esconde más que lo que aparece. Los subtextos que subyacen a todo escrito. Una buena crónica narrada en código de máscara, he aquí un reto para los alumnos de la Facso.

La voz más joven de este compendio de entrevistas es la de la lojana Andrea Rojas Vásquez, mención de honor en el Concurso Nacional Ileana Espinel 2019-2020, con su libro *Matar a un conejo*, “donde se mezclan el juego, el amor y el humor”.

Su concepción sobre el lenguaje es muy certera: “El lenguaje es un imitador, un vaso de agua turbia,

un azul oscuro y celoso que envuelve todas las formas a su poder”, expresa. Y lanza sus dardos contra los medios: “Leer el periódico -dice- es como ver una película de Rambo donde todos mueren y nadie sabe por qué”.

Y ya que hablamos de lenguaje, para la poeta Catalina Sojos, de Cuenca, este no es sino un universo de “voces repletas de palabras infieles y menesterosas que pugnan por salir, como única forma de redención y registro de uno mismo y del mundo”.

Por eso, Jorge Dávila Vásquez, Premio Nacional Eugenio Espejo 2016 y condecorado con la orden Vicente Rocafuerte 2020, en su entrevista, considera a la escritura como “un todo, y a esa totalidad me entrego con mucha dedicación, siempre, haga lo que haga, poesía, teatro, ensayo o narrativa”. Una entrega que se debe exigir con la misma fidelidad a los futuros profesionales del periodismo.

Para profundizar más en el mundo de la palabra, razón de ser del buen periodismo y de la buena literatura, se vuelve imprescindible

la lectura de la entrevista a Carmen Váscones, “una mujer que se hace en la palabra”, como ella se autodefine. Esta entrevista no es una simple referencia al universo lingüístico, es todo un estudio, análisis, reflexión, cavilación, introspección, un devenir sobre la palabra; un tratado poético, ensayístico, vital, entrañable y desenrañable. Ninguna de sus alocuciones deja de ser poesía y filosofía. En cada una de sus respuestas la palabra se va “abriendo espacio para la acrobacia del espectáculo, de la emoción, de lo inesperado (...) Ella, la imperfecta creación de la belleza pura”.

En este compendio, no podía faltar Edgar Freire, el librero vivo con más años dedicado al oficio en el país. Tiene más de 40 años en este quehacer, 35 de ellos en librería Cima, a donde entró por azar, según dice. En parte por ósmosis, digo yo, producto de la magia de convivir con cientos, miles de libros, terminó convirtiéndose en compilador, escritor, cuentista e historiador.

Quiero terminar esta alocución con la referencia a la entrevista a la

poeta y novelista cuencana Maríaluz Albuja Bayas, premio de la Academia Hispanoamericana de Buenas Letras en 2016.

Este es un diálogo de alto vuelo literario, como reclama Carlos Vásconez de una buena entrevista. Es que la lucidez y capacidad de manejo del lenguaje de Maríaluz Albuja lo permite. Y no solo es el embrujo de la palabra y el verbo que seduce, lo son también los vericuetos llenos de luces y sombras por donde lleva al lector de la mano para que pueda desentrañar sus particulares visiones del mundo. Este, solazado, volverá a leer y releer la entrevista, sin premura, pero sin descanso, a la espera de compenetrarse cada vez más en sus concepciones de la

vida y del quehacer literario que subyugan a la autora.

Estoy seguro que los futuros comunicadores y periodistas de la Facso, con este tipo de publicaciones, encontrarán en la palabra — escrita, hablada, visual— la energía vital para entrar en diálogos francos y abiertos con los otros, donde el vocablo apropiado, el adjetivo preciso, el verbo adecuado, la frase certera, ayuden a crear mundos posibles, donde la la honestidad consigo mismo y con el otro sea el norte tan anhelado. Porque, que es, si no, el periodismo: no otra cosa que un medio para crear realidades por medio de la palabra.

Muchas gracias.